

LA NUEVA GEOGRAFÍA INTERNACIONAL

La expresión “nueva geografía internacional” alude a los cambios recientes en la organización espacial de la economía mundial, estrechamente vinculados al desarrollo de la llamada nueva geografía económica. Esta corriente, asociada principalmente a los trabajos de Paul Krugman desde inicios de la década de 1990, incorpora explícitamente al análisis económico elementos espaciales como los costos de transporte, las economías de escala, las externalidades de aglomeración y la integración de mercados, con el fin de explicar la concentración de la actividad productiva en determinados territorios y la persistencia de estructuras centro-periferia en la economía global. Frente a enfoques anteriores que trataban el espacio de forma marginal o lo reducían a un simple telón de fondo, la nueva geografía económica plantea que la localización importa: las regiones y ciudades que logran aprovechar las ventajas de la aglomeración, el tamaño de mercado y la conectividad tienden a convertirse en polos de crecimiento, mientras que otras zonas quedan rezagadas en términos de inversión, empleo y productividad.

En este contexto, la nueva geografía internacional puede entenderse como la configuración actual del mapa económico mundial, resultado de la combinación de tres procesos principales: la globalización de los intercambios, la reestructuración productiva y la integración regional. La globalización ha favorecido la expansión de cadenas globales de valor, en las que distintas fases de producción se localizan en países y regiones diferentes, aprovechando costos laborales, capacidades tecnológicas, marcos regulatorios y accesibilidad a mercados; ello genera una organización territorial en redes, donde nodos industriales, logísticos y financieros se encuentran articulados a través de flujos intensivos de bienes, capital e información. La reestructuración productiva, impulsada por el cambio tecnológico y la liberalización comercial, ha desplazado ciertas actividades manufactureras desde antiguos centros industriales hacia nuevas economías emergentes, al tiempo que ha reforzado el papel de algunas metrópolis como centros de servicios avanzados, finanzas y control corporativo. La integración regional, por su parte, se manifiesta en la consolidación de bloques económicos y acuerdos comerciales que modifican la jerarquía de regiones y

ciudades, reconfigurando corredores de comercio e inversión y generando nuevas geografías de interdependencia.

Desde la perspectiva de la geografía económica internacional, la nueva geografía internacional se caracteriza por la coexistencia de tres rasgos: la concentración, la fragmentación y la desigualdad. Hay concentración porque una parte significativa del PIB mundial, del comercio, de la inversión extranjera directa y de la innovación se localiza en un conjunto relativamente reducido de países, regiones y áreas metropolitanas, que funcionan como centros de decisión y articulación de las redes globales. Existe fragmentación porque las cadenas de valor descomponen los procesos productivos y los dispersan geográficamente, generando espacios funcionales interconectados que no siempre coinciden con las divisiones políticas tradicionales, de modo que regiones situadas en distintos países pueden integrarse en la misma red productiva o logística. Y persiste la desigualdad porque, aunque algunos territorios periféricos logran insertarse exitosamente en estas redes, amplias zonas del sur global permanecen en posiciones subordinadas, especializadas en actividades de bajo valor agregado o con débil capacidad de decisión, lo que se traduce en brechas sostenidas de ingreso, infraestructura y desarrollo humano.

La reflexión doctrinal sobre esta nueva geografía internacional insiste en que el espacio económico mundial ya no puede entenderse solo mediante el esquema clásico de Estados-nación, sino a través de la noción de sistemas urbanos globales, corredores transnacionales, regiones macroeconómicas y nodos estratégicos de control. En esta visión, las grandes ciudades y regiones metropolitanas adquieren un protagonismo particular como puntos de concentración de servicios financieros, sedes corporativas, centros de innovación y plataformas logísticas, configurando una red de ciudades globales que estructuran el territorio de la economía mundial. Al mismo tiempo, la literatura subraya que la dinámica de la nueva geografía internacional no es automática ni neutral: depende de políticas estatales, marcos regulatorios, estrategias empresariales y procesos sociales que influyen en la forma en que cada país y región se inserta en las cadenas globales y en cómo se distribuyen los costos y beneficios de la globalización. El estudio de esta nueva geografía, desde la geografía económica internacional, permite articular el análisis de las

lógicas espaciales de la producción y el comercio con las relaciones de poder que configuran el orden económico global contemporáneo.

Referencia:

Fujita, M. & Krugman, P. (2004). La nueva geografía económica: pasado, presente y futuro. Investigaciones Regionales.